

**ENCUENTRO DE DRAMATURGAS  
EN CIUDAD DEL CABO**

Editado en *Primer acto*, n. 349, Madrid, diciembre, 2015, pp. 294-296

Ana Fernández Valbuena

Del 29 de junio al 3 de julio de 2015 se ha celebrado en Ciudad del Cabo (Sudáfrica) la *X Conferencia Internacional de dramaturgas* de la WPI (Women Playwrights International), organizada por un grupo de mujeres de todo el mundo, que, desde 1988, se reúnen cada tres años, en distintos continentes. Por vez primera, y gracias al apoyo de la Embajada de España en Pretoria, la Fundación Autor, y la Universidad Nebrija, he compartido este encuentro como la única voz española, aunque muy bien acompañada por otras hermanas de lengua: en tres años el encuentro se celebra en Chile, y ha habido mucha presencia hispana (9 chilenas, una argentina y una colombiana). Vaya, en primer lugar, el agradecimiento al equipo organizador de la Universidad de Ciudad del Cabo, bajo la dirección de la nueva presidenta de la WPI, la directora sudafricana Amy Jephtha.

Esta aventura en femenino comenzó en Buffalo (EEUU), en 1987, cuando un grupo de dramaturgas y profesores de la universidad comprendió que era imprescindible sacar a las escritoras de sus solitarios espacios de creación; reunir las a charlar de sus logros e inquietudes, y dar visibilidad a unos textos entonces poco presentes en la escena mundial. Lideradas por la profesora Kathleen Bersko, de quien partió la idea original, sus exordios se recogen en el libro *International Women Playwrights (Voices of Identity and Transformation)*, editado por Anna Kay France y P.J. Corso (Metuchen, N.J., 1993). La propia Anna Kay ha sido durante años la presidenta de la WPI, una plataforma internacional, compuesta por escritoras, directoras y profesionales de las Artes Escénicas de los cinco continentes. En esos combativos años ochenta, ellas trazaron estrategias para ir abriéndose camino en una profesión, la de la escritura teatral, entonces masivamente en manos de hombres (traduzco del libro de Kay, XIV-XV):

Llegaron a Buffalo dramaturgas famosas y en la sombra; entusiastas y escépticas. Algunas eran madres y otras no; algunas casadas, otras solteras; jóvenes, maduras, mayores; heterosexuales, lesbianas y de otras lindes de opciones sexuales. De derechas, de izquierdas, de centro e, incluso, apolíticas. En un crisol de distintas religiones y clases sociales, algunas eran ricas, otras acomodadas, en riesgo de pobreza, o marginales. Unas llevaban saris tradicionales: otras turbantes, trajes de chaqueta, botas de trabajo, tacones, o zapatillas de deporte. [...]

Reunidas para debatir sobre asuntos profesionales, artísticos, sociales y políticos, las dramaturgas respondimos desde múltiples perspectivas personales y culturales, para descubrir que había tantas áreas de experiencias comunes a todas como enormes diferencias entre nosotras.

Desde entonces, en algunas partes del mundo se han ido dando pasos hacia la paridad, pero, tal como se dice en este hermoso libro, militante y necesario, los sucesivos encuentros trianuales:

...Han tocado la vida personal y profesional de muchas mujeres, trenzando amistades y colaboraciones profesionales; traducciones de dramas, o de otro tipo de obras; planes de visitas, montajes, conferencias, talleres y lecturas derivados de dichos encuentros. Pero los pasos para resolver el aislamiento en el que trabajan muchas mujeres y el reconocimiento a nuestro trabajo deben continuar.” (Kay, XVII).

Y así ha sido: en esta *X Conferencia* hemos compartido talleres formativos con colegas norteamericanas, hindúes, suecas, australianas, filipinas, egipcias... Y los paneles matutinos se han abierto a la realidad artística del país, Sudáfrica, en su versión femenina, que alcanza, por pleno derecho, puestos teatrales de responsabilidad. Hemos escuchado testimonios de Warona Seane, directora del Teatro de Soweto, donde se leyó la primera carta que Mandela dirigió a la comunidad negra, desde su encierro en la isla de Roben. O el de la brillante directora de escena, nacida en Zambia, Mwenya Kabwe –que venía con su bebé en los brazos-. O el de la transexual de Botsuana Kat Kai Kol-Kes, que ha pasado de cantar en ceremonias para que lloviera en su pueblo, a trabajar en el arte por los derechos de las opciones sexuales. Y es que todos los testimonios de las oriundas africanas estuvieron llenos de orgullo sobre sus orígenes y su singularidad:

-Mi madre y mi abuela son las mejores narradoras de historias que he conocido en mi vida. Crecí escuchándolas, y llevo conmigo todo lo que estas mujeres me enseñaron- Declaró la poetisa y narradora Napo Masheane, que cantó y recitó para nosotras: “Somos viajeras / llevamos nuestros nombres / en

el ritmo de nuestros pies /.../ Somos de los Samburu, las mariposas del Norte.” (<http://www.african-writing.com/hol/napomasheane.htm>).

Los textos escritos por muchas de nosotras cobraron también vida en forma de lecturas dramatizadas, y en boca de actrices y actores de países tan distantes como Noruega, Sudáfrica, o EE.UU. Fue el caso de mi obra *Mery Monarca*, en la que cuatro mujeres se buscan y desencuentran, en un vuelo imposible a través de las fronteras, siguiendo la metáfora de la Mariposa Monarca, “la más valiente y determinada migrante de las grandes migraciones”. La dramaturga libanesa Valéry Cachard y el actor afgano Dahyu Hashimi se acercaron a mí tras la lectura, porque sentían como propio el desarraigo del texto, pues ninguno de los dos vive en su país de nacimiento. Amigos míos ya, junto a la cosecha recogida de contactos profesionales que prometen futuras colaboraciones en este arte, el teatro, hecho de palabras y presente compartido, acrisolado en esos días en una de las ciudades más hermosas de África, pero tan atribulada como la mayoría:

- Tanta belleza... y tanto dolor- decía emocionada la colombiana Carolina Vives, directora de Umbral Teatro, contemplando la bahía desde la icónica meseta que se yergue sobre Ciudad del Cabo, la “Table Mountain”. Compartí con ella el taller *Esculpir un drama con historias reales*, impartido por dos dramaturgas canadienses, en el que escuchamos voces como estas:

- Soy de Zimbabue. Escribo sobre la emancipación de las mujeres.

- Soy de Uganda, y me inspiro en las historias de mi propio pueblo.

-Soy argentina, y he escrito una obra sobre abusos infantiles para visibilizarlos. Está inspirada en mi propia experiencia- espetó la combativa Leticia Arbelo al hablar de su texto *Jet lag*, que, como el resto, escuchamos traducido al inglés, la lengua de trabajo de la Conferencia.

Estos talleres diarios culminaron con el impartido por la griega, afincada en Londres, Evi Stamatiou: *Escribir cabaret*. Compartió, generosamente, su propia experiencia como creadora e intérprete del show *Caryatid Unplugged* (Cariátide con libre acceso), sobre la inmigración femenina, con el telón de fondo de los mármoles del Partenón que los griegos reclaman a los ingleses. Concreto, práctico, divertido... el taller de Evi fue, para mí, uno de los de mayor utilidad: ¡ya estoy escribiendo un cabaret!

En un formato habitual en este tipo de encuentros, cada día se cerraba con un espectáculo sencillo en el teatro de la universidad, en el que vimos pequeñas producciones hindúes, afganas, noruegas, británicas... a las que puso el broche de oro *Alien citizen*, un monólogo autobiográfico de la estadounidense Elizabeth Liang. Con humor y virtuosismo, esta actriz, nacida en Guatemala, de padre chino y madre americana, de obligada vida nómada entre África y América, narró las vicisitudes de lo que se conoce como “Third culture kids”, los niños educados en culturas distintas de las de sus padres. Y es que los temas de identidad, migración, nomadismo y lucha por la igualdad han atravesado la mayor parte de nuestro quehacer. Y, dado el contexto africano en que todo sucedía, nuestras reflexiones agrandaban su alcance: la división todavía está incrustada en la sociedad sudafricana, en la que perviven los *townships*, antiguos guetos del apartheid, de los que ahora es igual de difícil salir, pero por razones económicas y de integración. Las heridas aún tardarán en sanar, como comentaba la directora del teatro de Soweto, después de explicarnos, orgullosa, la programación de la temporada: “Pocos blancos frecuentan nuestro teatro, nuestra ciudad. Y casi todos los que lo hacen son turistas europeos. Es, creo, una forma de respeto.” Un país, Sudáfrica, con la primera economía del continente, que soporta, históricamente, presiones migratorias y abismales injusticias sociales. Un rubicundo ex colono – probablemente de origen holandés- comentaba cínicamente una buena mañana, durante el desayuno en la casa donde me alojaba: “La gente, en este país, viaja continuamente buscando la prosperidad, siempre hacia el Sur; hasta que llegan a Ciudad del Cabo, y lo siguiente solo es... el mar”.

Más allá de las contradicciones, escuchadas y vividas, la semana compartida con estas amazonas de la dramaturgia, en suelo africano, ha abierto muchas puertas a la comunidad de escritoras, sobre todo las de la creación y el compromiso. Un tesoro, que, como dijo en su discurso de apertura Lene Therese Teigen, presidenta saliente de WPI, hay que guardar juntas.

Y así será: nuestras hermanas chilenas, presididas por Sally Campusano y Soledad Lagos, presentaron allí su próxima conferencia en Chile... ¡tejiendo! Símbolo de una tarea femenina paciente y fructífera, cuyo manto final nos resguardará probablemente de los fríos andinos, para reunirnos de nuevo. ¡Gracias por tomar el testigo! Nos vemos en Chile.